

en Burgos, en Somosierra y en Madrid, se vengó asesinando al desgraciado don Juan Benito; y cubiertas las bajas que habia tenido, se confió su mando al anciano Gregorio de la Cuesta, que habia adquirido cierto ascendiente entre los generales españoles, únicamente porque no habiendo dado batallas no las habia perdido. Escalonados estos dos ejércitos, uno en los caminos de la Mancha, desde Ocaña hasta Valdepeñas, y otro en los de Estremadura, desde el puente de Almaráz hasta Mérida, debían inquietar á Madrid y disputar el terreno á las tropas francesas que intentasen bajar hácia el Mediodía. En la parte Norte de España, habia quedado en la frontera de Portugal, á lo largo del Miño, entre los portugueses exaltados con verse libres, y los gallegos, que eran los mas tercos de todos los insurrectos españoles, el general La Romana, que acompañó á los ingleses en su retirada tomando el camino de Orense para dejarles espedito el de Vigo. En tal posicion mantenía en el Norte un foco peligroso de escitacion. Por último, en todas partes donde no se hallaban los franceses, la Junta levantaba tropas públicamente, y donde se hallaban escondidas en montes y desfiladeros, cuadrillas de partidarios, acechaban los convoyes, pasando á cuchillo los heridos y enfermos y apoderándose de las municiones. En Asturias tenia el atrevimiento el general Ballesteros de presentarse á muy pocas leguas de distancia del general Bonnet; en Aragon el terrible ejemplo de Zaragoza solo habia hecho mella en la infortunada ciudad, victima y testigo de los horrores del sitio; y en Cataluña las batallas de Cardedeu y Molins de Rey habian causado impresion únicamente al ejército

del general Vives, y los miqueletes interceptaban el paso á nuestras tropas, ó las inquietaban en los sitios de Hortalrich, Gerona y Tarragona, que debían emprender, concluyendo uno para empezar otro. Aun no habian trascurrido sino dos meses desde que, guiados por Napoleon sus generales, recobraron en una decena de batallas la mitad de España, conquistando todo el terreno que media desde los Pirineos hasta el Tajo, y sin embargo, la noticia de la guerra de Austria, propagada y aumentada de cien modos, habia reanimado todas las esperanzas, despertado el furor primero y desterrado el terror momentáneo, al cual sucedió una escitacion tan grande casi como despues de la batalla de Bailen. Creíase que obligado Napoleon á dejar la España, pronto tendria que retirar de ella sus mejores tropas y que seria facil concluir con las demas.

Los ingleses, por su parte, derrotados en compañía de los españoles, tambien habian recobrado la confianza, lisonjeándose, si Napoleon llamaba á sus cuerpos aguerridos, poder recuperar el terreno perdido mientras aquel estuviese aquende los Pirineos.

El ejército del general Moore, que debió perecer en su retirada por medio de Galicia, pero que perseguido con flojedad, perdió no obstante la caballeria, algun material y la cuarta parte de su gente, regresó á las costas de Inglaterra, y allí se cubrian las bajas con hombres enganchados, á quienes se sacaba de las famosas milicias que debían tiempos atrás contrarrestar la espedicion de Bolonia, y que desde que nadie se ocupaba de esta espedicion en la Gran Bretaña, proporcionaban re-

clutas suficientes. Asi pues conmoviendo al mundo entero, en todas partes suscitaba Napoleon soldados. Pensaba Inglaterra, con razon por cierto, que la guerra de Austria era una ocasion, la última quizá, que le deparaba la suerte, de destruir al enemigo comun, y no queriendo dejarla escapar, habia resuelto hacer en aquella campaña los mayores esfuerzos para atacar á Napoleon en todas partes, suscitándole en todas ellas obstáculos y peligros. Tenia, pues, el proyecto no solo de enviar otra expedicion á la Península a pesar del mal éxito que habia tenido la del general Moore, sino organizar una formidable contra las costas de Francia, Holanda, y Hannover, porque lo desprovisto de tropas que iba á quedar el litoral del continente desde Bayona hasta Hamburgo, ofrecia muchas probabilidades de destruir las flotas construidas en Rochefort, en Lorient, en Brest, en Cherburgo y en Amberes. La idea de penetrar en el Escalda y prender fuego á los magníficos astilleros construidos en las orillas de este rio, era particularmente lo que mas ocupaba la atencion del gabinete británico, redoblando su celo. Y efectivamente, lo menos que podia hacer en beneficio propio y de Austria era poner á sangre y fuego las costas europeas á fin de alejar de Viena y de Madrid parte de las fuerzas que dominaban estas dos capitales.

Empero, mientras no se adoptaba una resolucion definitiva acerca de esos proyectos de destruccion, lo mas urgente era España, siendo preciso socorrerla sin tardanza, si no se queria que sucumbiera antes que Austria hubiese podido sacarla del apuro. De las tropas inglesas que arre-

bataron el Portugal al general Junot, y que cubiertas las bajas que habian resultado en sus filas contribuyeron á la expedicion del general Moore en Castilla, habia quedado parte en las cercanias de Lisboa entre Alcobaza y Leiria, á las órdenes del general Cradock. Habianse apresurado á reforzarlas con destacamentos sacados de Gibraltar é Inglaterra, pero querian reforzarlas todavia mas, y convertirlas en un ejército capaz de disputar el Portugal al mariscal Soult. Sir Arturo Wellesley, que habia sido el verdadero libertador de Portugal, declarado exento de toda culpa por el tribunal que entendió en el asunto relativo al convenio de Cintra, podia ser empleado sin dificultad, y naturalmente era el designado para gefe de la nueva expedicion por su fama, aunque reciente, asi como por su habilidad innegable. Se comprometia pues, con treinta mil ingleses, igual número de portugueses, y unos cuarenta mil milicianos portugueses tambien, lo cual debia costar al tesoro británico 70 ú 80.000,000 al año, á dar que hacer á cien mil enemigos á lo menos, á conservar el Portugal, y una vez conservado este pais, reducir para siempre á los franceses en España á un estado precario. Habiendo juzgado con sumo acierto los hechos que ocurrieron en las dos últimas campañas, comprendió desde luego cómo debian portarse los ingleses en la Península, y no obstante el parecer de los que se habian asustado profundamente del éxito de la expedicion de Moore, afirmaba podrian embarcarse á tiempo siempre que quisieran, sacrificando el material á lo sumo; y hasta designaba de un modo casi profético una posicion en que, teniendo el mar por apoyo y estando

protegido por trincheras, se mantendría firme años enteros contra los victoriosos ejércitos de Francia.

La confianza que inspiraba ese general, dotado de talento y fortaleza de ánimo, venció la repugnancia que causaba á su gobierno arriesgar de nuevo en la Península la suerte de un ejército; pero, mas que nada, el plan que consistía en no alejarse de Portugal, sino lo menos posible, y poner en apuro á los franceses en Madrid, solo con que los ingleses estuvieran en Lisboa. Se determinó, pues, partiéndose con fuerzas que debían hacer subir á treinta mil hombres el ejército británico en Portugal, y con recursos, ya en municiones, ya en dinero, que alcanzasen hasta para costear un ejército portugués numeroso. Todo podía esperarse de los portugueses, cuyo entusiasmo por la insurrección llegó á su colmo con la espulsion del general Junot. Efectivamente, corrían alegres al encuentro de los ingleses, y tomaban sus lecciones militares con un celo que solo podía inspirar una pasión muy viva.

Tales eran los cambios que habían sobrevenido en la Península al solo anuncio de la guerra con Austria; se creía á España sumisa cuando Napoleón salió de ella, y se levantaba otra vez; se la creía abandonada de sus aliados, y los ingleses iban á socorrerla de nuevo, ocupándola para no dejarla hasta que se acabó la guerra.

Napoleón designó en sus instrucciones el mes de febrero creyéndolo conveniente para que el mariscal Soult verificase su entrada en Portugal, pues supuso que si este mariscal llegaba á Lisboa en marzo, ayudaría al mariscal Victor á ocupar á

Sevilla y Cádiz casi al mismo tiempo, con lo cual se acabaría de conquistar la Península antes que empezáran los calores del verano; pero los sucesos debían demostrar bien pronto que mas fácil le era á él ser dueño de Viena, que á sus generales traspasar la línea del Tajo y el Duero. El cuerpo del mariscal Soult, apenas repuesto de los trabajos que había pasado durante su marcha sobre la Coruña, se reunió entre Santiago de Compostela, Vigo y Tuy, con el objeto de descansar allí, rehacerse y reparar el material de artillería, aumentado con varias piezas de grueso calibre por si había que batir alguna muralla de ciudad ó villa. A pesar de las instancias del estado mayor de Madrid y del celo de que se hallaba animado Soult, no pudo avanzar el ejército de Portugal hasta transcurrido un mes, es decir, no se encontró dispuesto para la marcha hasta mediados de febrero. Componíase dicho ejército de las divisiones Merle, Mermet, Delaborde y Heudelet, unas sacadas del antiguo cuerpo de Bessieres y otras del que mandó el general Junot, la caballería ligera de Franceschi y los dragones de Lorge y Lahoussaye, pero no pudo dar mas que veinte y seis mil hombres, aunque contaba treinta y tantos mil. Las fatigas, los combates y los destacamentos habían reducido á este número aquellas tropas que figuraban nominalmente como teniendo en las filas cuarenta y tantos mil hombres. Preparado todo, salió para Vigo el mariscal Soult el 13 de febrero, habiendo formado el proyecto de atravesar el Miño, que forma en aquel parage la frontera de Portugal, forzar el paso un poco mas abajo de Tuy, ó lo que es lo mismo muy cerca del punto en que dicho rio desemboca en el

Océano, y avanzar por la carretera de la costa, de Braga á Oporto. Obstáculos insuperables impidieron realizar esta marcha, que, atendida la naturaleza de aquellos sitios, era, no solo la mas sencilla sino la que estaba mas indicada.

Los portugueses, que abrigaban el odio que los españoles tenían á los franceses, y á quienes habia animado en extremo la espulsion de Junot, se habian insurreccionado en masa, influidos por los nobles y los sacerdotes, habian construido parapetos en las ciudades y villas, y se mostraban resueltos á defenderse á toda costa. Por todas partes se oia tocar á rebato, y se veia acudir á los caminos pelotones de gente, conducidos por clérigos con el crucifijo en la mano, y por señores que blandian espadas cubiertas de orin que habian estado colgadas largo tiempo de las paredes de sus castillos. Además, como los portugueses esperaban la llegada de los franceses, habian tenido cuidado de recoger todas las barcas del Miño y llevarlas á la orilla izquierda que ellos ocupaban, de suerte que nuestra caballeria ligera no pudo descubrir ni una, á pesar de explorar el terreno en todas direcciones.

Al ver el mariscal Soult lo que sucedia, se le ocurrió bajar el Miño hasta el mar y apoderarse de las muchas barcas de pescadores que pertenecian á la aldea de Garda, situada cerca de la embocadura del rio. Efectivamente, en aquel punto encontró bastantes lanchas que no habia habido tiempo de sustraer, y se apoderó de gran número de ellas, queriendo embarcar cerca de dos mil hombres á un tiempo. Intentó con efecto embarcarlos y conducirlos al otro lado del rio en la espe-

ranza de que sabrian hacerse allí fuertes contra los portugueses y restablecer las comunicaciones entre las dos orillas; pero habia que pasar el Miño cerca del mar, y las tempestades propias de la estacion no permitieron verificar la travesía sino á tres ó cuatro lanchas. Unos cincuenta hombres á lo sumo llegaron á la orilla opuesta; y se batieron allí denodadamente, esperanzados de que se les socorreria; pero pronto tuvieron que rendirse, entregándose á discrecion á un populacho feo.

Después de aquella desgraciada tentativa, no vió otro recurso el mariscal Soult sino volver á subir costeando el Miño hasta los montes, para pasarle hácia Orense, donde se lisonjaba no encontrar los mismos obstáculos. Púsose, pues, en marcha el dia 16, de Tuy hácia Orense, subiendo por la márgen derecha del Miño; pero en esta direccion debia encontrarse con el ejército de La Romana que se habia situado en Orense, como hemos dicho antes, separándose de los ingleses. No era muy de temer por sí solo ese ejército, pero su presencia habia soliviantado todas las poblaciones, tanto españolas como portuguesas, y se habia visto que dos naciones enemistadas hacia tanto tiempo, se dieron las manos de una orilla á otra del Miño, prometiéndose mutuamente resistir juntas á todo trance la invasion estrangera. Todas las aldeas situadas en la márgen del rio y en las alturas se hallaban fortificadas y ocupadas por un populacho fanático; y el mariscal Soult, que avanzó á lo largo del rio precedido por los dragones de Lahoussaye, y llevando por las alturas á la division de infanteria Heudelet, tuvo que mandar varias veces echaran pie á tierra los dragones para abrirse paso y

tomar los parapetos carabina en mano. También el general Heudelet tuvo que apoderarse de posiciones formidables y hacer terribles escarmientos, de lo que resultó que con tales obstáculos no se pudo llegar á Orense hasta el día 21, despues de haber incendiado muchas aldeas, destruido porcion de caserios, y muerto mucha gente, no sin que nosotros sufriésemos tambien pérdidas considerables que hacian temer no llegaríamos á Lisboa, si es que llegabamos, sino con la mitad de las fuerzas. En este caso debíamos esperar una suerte tan fatal como la que cupo en 1808 al general Junot, porque lo mismo que entonces, los ingleses no podian dejar de presentarse bien pronto en 1809 en las playas de Lisboa.

Si Napoleon no hubiera inspirado á sus lugartenientes una sumision tan ciega como la que inspiraba, aquel era un caso en que debia preveer Soult el desastre á que iba á esponerse, y pedir órdenes, antes de penetrar en un pais salvaje (1), donde tenia que pelear á cada paso contra una poblacion sanguinaria, y al que llegaria debilitado y exhausto, para presentarse al frente del ejército inglés, que era uno de los mas brillantes de Europa. No hay duda que, contrariando de este modo los proyectos de Napoleon, se le hubiera disgustado mucho, pero de seguro no tanto como llevándole dos meses despues un ejército vencido y desorganizado.

(1) Sin duda no encontró Thiers otra palabra mas dura, pues á habérsele ocurrido, la hubiera empleado para calificar la resistencia que en Portugal se hacia á la iniqua invasion estrangera. Otra prueba de imparcialidad, y sobre todo de urbanidad.

(N. del T.)

Sea lo que fuere, el hecho es que el mariscal Soult, despues de rechazar hasta mas allá de Orense las hordas de La Romana, tomó el partido de dejarse caer á la derecha para pasar el Miño y entrar en Portugal por la provincia de Tras-os-Montes. Llevaba el proyecto de dirigirse hácia Chaves, y bajar en seguida hácia Braga, con lo cual iria á parar, dando un largo rodeo, al camino recto de Tuy á Oporto que no habia podido tomar. En cuanto al general español La Romana, rechazado de Orense hácia Villafranca, se le ocurrió salir del mal paso por medio de una marcha oculta, digna de un gefe de partidarios. La parte alta de Galicia, que confina con el reino de Leon, estaba franca en aquel momento, pues por un lado acababa de evacuarla el mariscal Soult para invadir á Portugal, y por otro habia bajado el mariscal Ney para despejar la costa. Podian, pues, dirigirse allí atravesando la cadena de puestos avanzados que habian establecido los franceses para enlazar las tropas de los dos mariscales con las de Castilla la Vieja; y el general La Romana resolvió hacerlo, aunque no fué mas que para turbar nuestra linea de comunicacion, sin perjuicio de refugiarse mas tarde en Asturias si el mariscal Ney retrocedia para perseguirle.

Mientras el general español iba á causar á los franceses esta sorpresa desagradable, tomó sus disposiciones el mariscal Soult para atravesar la provincia de Tras-os-Montes. De resultas de las primeras operaciones, tenia ya ochocientos enfermos ó heridos, y parte de los caballos de la artilleria se hallaban en muy mal estado, sea á causa de la dificultad de los caminos, sea por falta de

forrage. Resolvió, pues, dejar cuanto fuese demasiado difícil conducir, y envió á Tuy, de cuya poblacion era dueño, los enfermos, los heridos y la artilleria pesada, reservándose hacerlos ir, cuando hubiese bajado hácia Braga, por el camino recto y muy corto que de Tuy se dirige á aquella ciudad. De este modo depositó en el recinto de Tuy treinta y seis bocas de fuego, con unos dos mil hombres, y se contentó con llevar consigo veinte y dos bocas de fuego con buenos tiros y provistas de las municiones necesarias. El dia 4 de marzo atravesó la frontera de Portugal, participando al estado mayor de Madrid no tardaria en hallarse en Oporto.

La poblacion de esta parte de Portugal se habia amontonado en Chaves, con algunas milicias y unos cuantos destacamentos de tropas regulares, mandados por los generales Silveira y Bernardino Freire (1). Estos últimos habian recibido instrucciones del estado mayor inglés, y tenian orden de no entrar en batalla, sino hostigar al enemigo, matándole cuanta gente pudieran, bien en los desfiladeros, bien al pasar por las aldeas. A consecuencia de estas instrucciones, los dos generales porfugueses, despues de disputar el camino que conduce de Orense á Chaves, no querian detenerse en esta última poblacion por no comprometer inútilmente en su defensa parte de las fuerzas que mandaban; pero tuvieron que ceder al populacho amotinado y dejar en Chaves un destacamento, para que la guarneciera en union con ese mismo populacho. Hecho esto, se retiraron hácia Braga.

Cuando el mariscal Soult llegó á las avenidas

(1) Thiers le llama *Frere*. (N. del T.)

de Chaves, despues de haber tenido que sostener varios combates, se encontró con una multitud furiosa, compuesta de campesinos, sacerdotes, mugeres y soldados, que proferian desde las murallas amenazas y maldiciones. Aquella turba fanática podria servir muy bien para sorprender un convoy ó degollar á heridos, pero no para detener á veinte y cuatro mil soldados franceses mandados por oficiales escelentes. Asi es que habiendo amenazado Soult pasar á cuchillo á cuantos resistiesen, le entregaron la plaza, medio despoblada, con alguna artilleria sin cureñas y bastantes municiones. Habia junto á la plaza una ciudadela, buena para ponerse á cubierto del populacho, y la aprovechó para dejar en ella, custodiados por una corta guarnicion, los enfermos y heridos que debilitados con la marcha de Orense á Chaves, no podian ya seguir. Tal es la triste condicion de toda operacion ofensiva que se emprende en medio de poblaciones sublevadas, cuando estas poblaciones son feroces y se hallan resueltas á defenderse: cada enfermo ó herido exige un soldado sano que le custodie, y como la guerra de emboscadas es la que pone fuera de combate mas gente, nuestros lectores se figurarán sin duda á que vienen á quedar reducidos bien pronto los ejércitos regulares, en una invasion que sea algo estensa y dure algun tiempo.

De Chaves se dirigió el mariscal Soult hácia Braga, bajando por la costa todo lo que habia subido hácia los montes en su marcha de Tuy á Orense. En el camino, la caballeria de Franceschi y la infanteria de Mermet, que formaban la cabeza del ejército, tuvieron que vencer muchos obstaculos. En varios parages estrechos, donde las colum-

nas se veían obligadas á alargar el fondo para poder desfilár, y donde á la artillería le costaba sumo trabajo caminar, acometíanles enjambres de insurrectos procedentes de los montes inmediatos, poniéndolos en peligro de ser cortados y destruidos, antes que la cola pudiera socorrer á la cabeza. Por todas partes marchaban las divisiones separadas unas de otras por entre compactas masas de enemigos, hasta que al fin, siempre matando gente y aumentándose el número de nuestros heridos, llegaron á Braga el 17 de marzo. El general Freire habia tomado allí posiciones con diez y siete ó diez y ocho mil hombres, tanto de tropas regulares como de paisanos armados, y por querer seguir las instrucciones que recibiera de retirarse á Oporto sin aventurar la batalla, embistióle el populacho y le asesinó con varios oficiales, *para escarmiento de traidores*, como decían sus soldados. Sucedióle en el mando un oficial hanoveriano, que tomó algunas disposiciones para dar la batalla al día siguiente 18: pero populacho que asesina no se defiende contra soldados aguerridos. Soult atacó la posición de Braga y la tomó sin dificultad (1), perdiendo á lo sumo cuarenta muertos y ciento sesenta heridos: mas gente perdíamos en los asaltos de las aldeas que encontrábamos en el camino. Gracias á las escelentes piernas de los portugueses, no hicieron nuestros soldados muchos prisioneros, pero pasaron á cuchillo á cuantos cogieron antes que

(1) Esto no es cierto, pues los portugueses se defendieron valerosamente en aquella acción, sucumbiendo al cabo á la superioridad de táctica de los franceses.

(N. del T.)

podieran huir, y las cercanías de Braga quedaron cubiertas de algunos miles de cadáveres. De este modo tomaba la guerra un carácter atroz, pues para quitar al populacho la afición á la crueldad, era preciso convertirse casi en tan feroces como él.

Enseñoreado el mariscal Soult de Braga, habia ganado mas que una población; el camino recto de Tuy, por el cual podia llevar el material que dejó atrás. Por lo demas, toda la población estaba sublevada en torno suyo y mas furiosa que nunca. Unos franceses que cayeron en poder de los insurrectos, fueron mutilados de un modo horrible por mugeres bárbaras, y en el camino de Braga yacían los restos de sus cuerpos. Al mismo tiempo se supo que el depósito que se habia dejado en Tuy se hallaba bloqueado por todas partes, y que iba á necesitar se le socorriera cuanto antes si no habíamos de perderlo.

Después que el mariscal Soult aprovechó los recursos que los vecinos de Braga no pudieron llevarse ó destruir en su fuga, se dirigió al fin hácia Oporto, dejando á retaguardia la division del general Heudelet, para guarnecer á Braga, custodiar los heridos, escalonar tropas en el camino y socorrer al depósito de Tuy.

En el paso del rio Ava, encontró Soult resistencia, pero la venció, y arrojó de allí á los portugueses, quienes para vengarse de un enemigo que los vencía, asesinaron al brigadier Vallongo, uno de sus generales. En seguida se replegaron hácia Oporto, resueltos á dar una batalla general al pie de los muros de aquella ciudad, donde se reunieron hasta sesenta mil (1) entre soldados y paisa-

(1) Este número es exageradísimo; baste saber que

nos. Su general en jefe, bien digno de mandar semejante ejército, era el obispo de Oporto, que se ponía a su frente con el traje episcopal. Sublevado el populacho, mas asustaba al vecindario pacífico que al enemigo; pues se habia hecho dueño de Oporto, no obedeciendo sino al obispo, cuando mandaba en sentido de sus alborotadas pasiones, y habia reducido á prision, martirizandolas en la cárcel, á una porcion de familias francesas, cuyas casas saqueó, y á las que amenazaba quitarles la vida si el mariscal Soult intentaba entrar en la ciudad. El general Foy, que por temerario habia caido prisionero haciendo un reconocimiento, se hallaba entre los presos, espuesto á los mayores peligros. Por lo demas, mas ocupado el populacho de cometer crueldades que de levantar obras de defensa, habia construido de prisa y corriendo algunos reductos en el circuito exterior de Oporto. Estos reductos abarcaban la ciudad, formando una línea semi-circular que por los extremos iba á parar al Duero. Un puente enlazaba la poblacion, situada en la orilla derecha, por donde nosotros llegábamos, con los arrabales situados en la orilla izquierda. Las mal entendidas obras de los portugueses estaban no obstante armadas con doscientas bocas de fuego de grueso calibre, y presentaban un obstáculo difícil de vencer, si las hubiesen defendido tropas medianas siquiera; pero aunque constaba, segun ya hemos dicho, de unos sesenta mil hombres, entre soldados y gente del pueblo, y

las tropas regulares no pasaban de tres mil hombres, segun todos los historiadores contemporáneos.

(N. del T.)

estaba protegido por trincheras y doscientas piezas de artillería, el ejército portugués, con su obispo general y todo, no era capaz de contrarrestar á los veinte mil franceses que todavía le quedaban al mariscal Soult.

Cuando éste llegó de Braga el 27 de marzo á Oporto, le llamó la atención, pero no le intimidó la vista de las dificultades que tenia que arrostrar; no porque dudase poder superarlas con los oficiales y soldados que mandaba, sino porque preveía iba á ser devastada la rica ciudad de Oporto, la mas importante bajo el aspecto comercial de todas las de aquel país, y queria evitar tamaña desgracia á Portugal, á su ejército y á la humanidad. En su consecuencia dirigió una intimación á la plaza por medio de una carta en que invocaba el buen juicio de los gefes, y aguardo la respuesta, recibiendo en sus vivacs sin comoverse las bombas arrojadas por la artillería gruesa enemiga.

Su iniciativa, segun era de preveer, no produjo efecto, por lo cual resolvió dar el asalto el día 29 de marzo. Para vencer al enemigo que tenia al frente, bastaba un ataque repentino y vigoroso, pues dándole tomara las trincheras de Oporto, por muy formidables que parecieran. El mariscal formó sus tropas en sitio á donde no alcanzaban los disparos enemigos y determinó marchar rápidamente en tres columnas, la de la derecha al mando del general Merle, la del centro á las órdenes de los generales Mermet y Lahoussaye y la de la izquierda mandada por los generales Delaborde y Franceschi. Dada la señal, la caballería partió á galope, dispersando los puestos avanzados del enemigo, y en seguida embistió la infantería á las trincheras,

las cuales estaban coronadas de una multitud furiosa que no obedecía, y á quien el estruendo del cañon llenaba de rabia, pero no de valor. Escaladas las trincheras á paso de carga, nuestras tropas tomaron todas, y arrojándose á la bayoneta sobre la multitud de fugitivos, la empujaron hácia las calles de Oporto, que no tardaron en ofrecer una confusion espantosa. El general Delaborde penetró en la poblacion, atravesó las calles á la carrera, y llegó al puente del Duero que enlazaba la ciudad con los arrabales. La caballeria enemiga confundida con el populacho que huia, se agolpó á aquel puente de barcas, sufriendo el fuego de metralla que los portugueses hacian desde la opuesta orilla para contener á los franceses. A poco cediendo el puente al peso, se hundió con cuantos en él se hallaban. Al ver los franceses aquel horrible espectáculo, suspendieron un momento su marcha, y luego restablecieron el puente, atravesándolo á galope para detener á los fugitivos.

A la derecha, un tropel de portugueses, arrojados por el general Merle hácia el Duero, quiso arrojarse á él, esperando salvarse á nado, pero casi todo pereció en las ondas. Otra porcion procuró defenderse en la casa del obispo, y fue destruida. Animados bien pronto los franceses con el combate, se entregaron á los escesos que por lo regular acompañan á la toma por asalto de una plaza, y como lo que sabian acerca de los tormentos sufridos por sus compatriotas no era para que se calmaran, se portaron en Oporto como se habian portado en Córdoba; pero en Oporto, lo mismo que en Córdoba, llenos de humanidad nuestros oficiales, se esforzaron cuanto pudieron por contener

la furia de los soldados, y hasta se dedicaron á salvar á los infelices que el rio iba á tragarse. El mariscal Soult hizo lo mejor que pudo para restablecer el orden, y dar á su conquista el caracter propio de un pueblo civilizado. Aquel ataque importante le habia costado trescientos ó cuatrocientos hombres á lo mas, y á los portugueses nueve ó diez mil, entre muertos, heridos y ahogados. Le valió además doscientas bocas de fuego.

Los recursos que encerraba Oporto eran considerables bajo todos aspectos, y de gran precio para el ejército, que encontró allí muchos viveres, muchas municiones, un vasto material de guerra llevado por los ingleses, y una infinidad de embarcaciones cargadas de vinos esquisitos. El mariscal Soult se apresuró á poner orden en el empleo de aquel botin, para que el ejército no careciese de nada, y tambien para que la poblacion se tranquilizara poco á poco, acostumbrándose á sus vencedores; pero llegaba á su colmo la furia con que se nos miraba, y allende el Duero toda la gente del campo se habia unido á los vencidos de Oporto y á los ingleses, que ocupaban en aquel momento el camino de Lisboa. Nuestro ejército, reducido á veinte mil hombres cuando mas, se habia desprendido de una de sus divisiones, dejándola en Braga, y tuvo que destacar otra á Amarante, mas arriba de Oporto, á fin de guardar la parte alta del Duero. Se veia, pues, obligado á dividirse, cuando tenia necesidad de permanecer reunido para hacer frente á los ingleses. La posicion del general en gefe iba haciéndose tan critica, que pronto tendria que desplegar suma habilidad, ora para mantenerse en Portugal, si es que podia seguir allí, ora para

retirarse sin sufrir un desastre, á ser preciso batirse en retirada ante un enemigo que contaba con fuerzas demasiado superiores. El mariscal Soult se declaró gobernador general de Portugal, hizo lo que pudo para apaciguar la poblacion, dió órdenes á retaguardia para que fuesen tropas á levantar el bloqueo del depósito establecido en Tuy, y envió varios oficiales á Madrid por el camino que él habia seguido, á fin de participar la situacion apuradísima á que de seguro iba á verse reducido dentro de poco.

Era probable, y precisamente en ello consistia uno de los peligros de la situacion, que ninguno de los oficiales enviados pudiera llegar á su destino, pues el general La Romana habia interceptado las comunicaciones. Dicho general, descuidado por el general Soult, que no pensó en destruirle antes de penetrar en Portugal, y favorecido por la ausencia del mariscal Ney, que se habia visto obligado á bajar hácia la costa para cortar las comunicaciones con los ingleses del Ferrol en Vigo, dicho general, repetimos, invadió la region montuosa que forma la Galicia Alta, y la frontera del reino de Leon. Con su influjo, y propagando noticias de Austria, sublevó la poblacion del Norte, á la cual habia aterrado momentáneamente la campaña de noviembre y diciembre, y la marcha de la guardia imperial, que en aquella época (marzo de 1809), habia salido de España, como hemos dicho en otra parte, para trasladarse al Danubio, secundó aquella recrudescencia del espíritu de insurreccion. Asi, pues, el mariscal Ney en la parte litoral, y el mariscal Soult en Oporto, se hallaban, por decirlo asi, separados del resto de España por una vasta

insurreccion, que si no llegaba hasta á producir un ejército, bastaba para degollar á los enfermos y á los correos, y muchas veces para detener á los convoyes mejor escoltados.

Desde el 24 de febrero se ignoraba en Madrid lo que habia sido del mariscal Soult; pero confiando en la valía del cuerpo que mandaba, y en la esperiencia que tenia de la guerra, no se dudaba habria alcanzado triunfos, y la corte se limitaba á contar los dias para suponer los sitios en que debia hallarse. Como Soult habia asegurado llegaria á Oporto á principios de marzo, siendo asi que no pudo verificarlo hasta el dia 29 de dicho mes, se habian imaginado que pronto se hallaria en Lisboa y que naturalmente estaria rodeado de dificultades, y decian que al fin era preciso hacer que el mariscal Victor se pusiese en marcha para el Sur de la Península, á fin de que con su presencia atrajera hácia sí á una parte de los enemigos, que si no se adoptaba esta precaucion, caerian en masa sobre el ejército de Portugal. Nada mas juicioso seguramente que esto en cualquier caso, pues los ingleses y aun los mismos portugueses (los acontecimientos lo probaron) no podian mirar impasibles la marcha de un ejército francés sobre Mérida y Badajoz.

El estado mayor de José reiteró, pues al mariscal Victor la orden de que ejecutase la parte que le concernia de las instrucciones imperiales; pero el mariscal opuso algunas objeciones fundadas en la dispersion á que entonces se hallaba reducido su cuerpo. Efectivamente, solo tenia á mano las divisiones Villatte y Ruffin, pues, la de Lapisse estaba todavia en Salamanca; y decia que antes de que pudiera reunirsele, bajando toda la Estremadura,